

# EL TRONO DEL LOBO GRIS



CINDA WILLIAMS CHIMA

Han Alister creía que había perdido a todas aquellas personas que amaba, pero cuando encuentra a su amiga Rebeca Morley en las montañas del Espíritu y cerca del abismo de la muerte, comprende que no existe nada más importante que salvarla.

No obstante, pronto descubrirá también que esta chica hermosa y misteriosa no es otra que Raisa ana'Marianna, heredera de la familia que mató a su madre y su hermana. Pero, para evitar que Raisa se haga con la herencia, algunos intentarán, una y otra vez, acabar con su vida. Para evitarlo, Raisa sólo podrá confiar en su ingenio y en su voluntad de hierro.

*A mi abuela materna, Dorothy Downey Bryan, una música con talento y una buena ama de casa que tenía una gran clarividencia. La abuela tenía un regazo donde cabían varios niños, pero siempre guardaba una escopeta en el armario.*

## 1

## En la zona fronteriza

Raisa *ana'*Marianna se acurrucó en su habitual rincón de la Garza Imperial, picando un poco de pastel de carne. Había aprendido a hacer durar una comida y una jarra de sidra durante una noche entera.

Era arriesgado sentarse en la sala común de una taberna cada noche. Los asesinos de lord Bayar podían estar buscándola. No habían conseguido matarla en Vado de Oden gracias a Micah Bayar, el hijo de lord Bayar. Pero los espías del Gran Mago podían estar en cualquier parte, incluso allí, en el pueblo fronterizo de Vado de Fetters.

Especialmente allí, porque Bayar preferiría interceptar a Raisa antes de que cruzara la frontera hacia los Páramos. Sería más adecuado de este modo, más fácil de ocultarlo a su madre la reina y a la gente de su padre, los clanes de las Espíritus.

Pero no podía pasarse todo el tiempo escondida en su habitación. Tenía que mantenerse visible para la gente que ella quería que la encontrase. Tenía que regresar a casa de algún modo, reconciliarse con la reina Marianna y enfrentarse a quienes pretendían arrebatarle el trono del Lobo Gris.

El nombre de Rebecca Morley ya no era seguro. Lo conocían demasiados enemigos. De modo que ahora se hacía llamar Brianna Trailwalker, en reconocimiento a los antepasados de su clan.

La historia personal que contaba era la de una joven comerciante que regresaba de su primer viaje al sur, retrasado por los disturbios a lo largo de la frontera.

Después de un mes en el limbo de Vado de Fetters, ya conocía a los asiduos de la Garza, la mayoría pilotos del servicio de ferry del río, herreros, herradores y mozos de cuadra que asistían a los viajeros a lo largo del camino. Los naturales del lugar eran una minoría. La ciudad estaba reuelta a consecuencia de la guerra.

Raisa examinó la sala e identificó a los forasteros. Dos mujeres de Tamron ocupaban una mesa de un rincón por segunda noche consecutiva. Una era joven y guapa, la otra robusta y de mediana edad, y ambas iban demasiado bien vestidas para la Garza. Probablemente fuesen una dama noble y su acompañante huyendo de los conflictos en dirección al sur.

Tres jóvenes delgados en traje civil ardeniense jugaban a cartas en una mesa, al lado de la puerta. Habían entrado cuatro, pero uno de ellos se había ido hacía poco rato. Raisa había alzado la vista varias veces y había pillado a uno u otro observándola. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¿Eran ladrones o asesinos? ¿O se trataba, sencillamente, de unos jóvenes que mostraban interés por una chica?

Ya no había respuestas fáciles.

La mayoría del resto de clientes eran soldados. En el Vado de Fetters había muchos. Algunos llevaban el Halcón Rojo de Arden, otros la Garza Real de Tamron, otros no llevaban ninguna insignia, probablemente mercenarios o desertores del ejército del rey Markus.

Ninguno de ellos podía estar persiguiendo a Raisa. Hacía un mes que se había escapado de Gerard Montaigne, el ambicioso joven príncipe de Arden. Gerard esperaba reivindicar por lo menos tres de los Siete Reinos derrocando a su hermano Geoff, el actual rey ardeniense, invadiendo su an-

tiguo reino aliado, Tamron, y casándose con Raisa *ana'*Marianna, la heredera del trono del Lobo Gris de los Páramos.

Cualquier día esperaban recibir noticias de que la capital de Tamron había caído en manos de Gerard. El príncipe de Arden ya hacía semanas que tenía sitiada la ciudad.

Cuando Raisa llegó a Vado de Fetters, había pensado pedir a las autoridades locales tamronienses que mandasen un mensajero a la comandancia de la guarnición de la Muralla Occidental de los Páramos. Así, ellos podrían enviar el mensaje a su padre, Averill, lord Demonai, o a Edon Byrne, el capitán de la Guardia de la Reina, tal vez las únicas dos personas en las que podía confiar en los Páramos.

Pero cuando llegó al pueblo fronterizo, descubrió que no existía autoridad alguna. En la comandancia de la guarnición no había nadie, los soldados habían huido. Era probable incluso que algunos hubiesen ido hacia el sur a ofrecer su ayuda a la capital sitiada. Aunque probablemente la mayoría se había mezclado con el pueblo a la espera del resultado de la guerra.

Raisa había confiado en que su mejor amigo, el cabo Amon Byrne, y sus Lobos Grises la siguieran hacia el norte y la encontrasen allí, en Vado de Fetters. Así podría seguir viajando, escondida entre ellos, tal como lo había hecho en otoño de camino hacia la academia de Vado de Oden.

Como futuro capitán de su guardia, Amon estaba mágicamente unido a Raisa, por lo que debía de tener una idea aproximada de dónde se encontraba. Pero las semanas habían pasado y Amon seguía sin aparecer. No cabía duda de que si se hubiera dirigido hacia allí ya habría llegado.

Su otro plan era juntarse con un comerciante de los clanes que regresase al norte. Ella era mestiza; con su piel azúcar quemado y su cabello negro podía pasar como miembro de los clanes. Pero esta esperanza también se desvaneció a medida que fueron pasando las semanas y no apareció ningún comerciante. Con los conflictos que había en Tamron, la mayoría de viajeros preferían evitar los Pantanos

cenagosos y las siniestras Marismas y utilizar un camino más directo por el Paso de los Pinos de Marisa y Delphi.

Una sombra se proyectó sobre la mesa de Raisa. Simon, el hijo del posadero, ya estaba rondando por allí de nuevo, reuniendo el coraje suficiente para pedirle si le podía retirar el plato. La mayoría de los días, se pasaba una hora dando vueltas para intercambiar tan solo tres palabras de conversación.

Raisa calculaba que Simon debía de tener su misma edad, o quizás incluso fuera un poco mayor, aunque hacía tiempo que Raisa se sentía demasiado mayor para sus casi diecisiete años: cínica y cansada, herida por el amor.

Es mejor que no te mezcles conmigo, pensó con tristeza. Te aconsejo que vayas hacia otra parte.

Han Alister aún aparecía en sus sueños. Se despertaba con el sabor de sus besos en los labios, con el recuerdo de su tacto abrasador sobre su piel. Pero a la luz del día se hacía difícil creer que su breve romance hubiera existido alguna vez. O que él siguiera pensando en ella.

La última vez que Raisa había visto a Han, Amon Byrne le había hecho huir con la espada. Y después ella se fue de la academia sin decir nada, secuestrada por Micah Bayar. Han no tendría gratos recuerdos de la chica que conocía como Rebecca. Pero era muy poco probable que volviera a verlo nunca más.

Era casi hora de cerrar; otro día desperdiciado mientras los acontecimientos en su país se precipitaban sin ella. Tal vez ya la habían desheredado, por entonces. Tal vez Micah había logrado escapar de Gerard Montaigne y seguía adelante con sus planes de casarse con su hermana Mellony.

Alguien se aclaró la garganta a su lado. Dio un respingo, asustada, y alzó la vista. Era Simon.

—Mi señora Brianna —dijo por segunda vez.

Huesos, pensó ella. Tengo que acostumbrarme a responder al nombre de Brianna.

—Las damas que hay allí sentadas la invitan a unirse a su mesa —continuó Simon—. Dicen que para una dama cenar sola puede resultar algo incómodo. Yo les he dicho que ya había comido, pero... —Se encogió de hombros.

Raisa miró a las dos mujeres tamronienses. Ellas hicieron una inclinación de la cabeza, con expresión entusiasta. Las mujeres de Tamron tenían fama de ser mimadas como flores de invernadero, socialmente despiadadas y físicamente delicadas, de montar a caballo a asentadillas y llevar sombrillas para protegerse del sol del sur.

Aun así, parecía una invitación tentadora. Sería un placer conversar con alguien más que con Simon, alguien que pudiera sostener aunque fuera media conversación. Y tal vez tuvieran noticias más actualizadas sobre los acontecimientos en Tamron.

Pero no. Una cosa era engañar a Simon con la historia de que era una comerciante que se había quedado varada en un pueblo fronterizo. Simon quería ser engañado. Y otra cosa completamente distinta era sentarse con unas damas de alta cuna particularmente dotadas para desentrañar secretos.

Raisa les sonrió y negó con la cabeza, mostrándoles con un gesto que todavía no se había terminado la cena.

—Dales las gracias, pero deseo retirarme a mi habitación dentro de poco —dijo.

—Ya les he dicho que diría esto —dijo Simon—. Pero me han dicho que le diga que tienen un trabajo para usted. Quieren contratarla como escolta para cruzar la frontera.

—¿A mí? —espetó Raisa. No tenía precisamente tipo de guardaespaldas, porque estaba delgada y era de constitución menuda.

Miró a las damas, mordiéndose el labio inferior mientras lo reflexionaba. Aunque sería un grupo seguro en cuanto a número de personas, ellas no le servirían de mucha protección. Porque a pesar de que eran dos damas elegantes y



refinadas, poco podrían hacer en una pelea, y además le entorpecerían el ritmo.

Pero, por otra parte, nadie se esperaría que ella estuviera viajando con dos damas tamronienses.

—Iré a hablar con ellas —dijo Raisa. Simon se disponía a alejarse de su mesa cuando Raisa lo cogió por el brazo—. Simon, ¿sabes quiénes son estos hombres? —preguntó, señalando con la cabeza hacia los jugadores de cartas, pero sin mirarlos.

Simon negó con la cabeza. Estaba acostumbrado a que Raisa le hiciera estas preguntas, y sabía lo que ella quería saber.

—Es la primera vez que vienen, pero no se hospedan aquí —dijo, recogiendo el plato—. Hablan en ardeniense, pero pagan con moneda de los Páramos. —Se inclinó todavía más—. Han hecho algunas preguntas sobre usted y sobre las damas tamronienses —añadió—. Yo no les he dicho nada.

Simon alzó de golpe la cabeza cuando la puerta de la taberna se abrió y se cerró. Dejó entrar una ráfaga de brisa nocturna helada y húmeda, una racha de lluvia y media docena de nuevos clientes, todos forasteros. Llevaban unas raras capas de lana con pechera, y tenían un porte militar. Raisa retrocedió hacia las sombras mientras el corazón le latía desbocado. Se esforzó para escuchar algún fragmento de su conversación, para intentar descifrar en qué idioma hablaban.

¿Cuánto tiempo puedes seguir así?, pensó. En efecto, ¿cuánto tiempo podía seguir esperando a un escolta que tal vez no vendría nunca? Si Gerard se hacía con el control de Tamron, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que cerrara las fronteras completamente, quedando Raisa dentro? Quizá sería más seguro cruzar la frontera ahora, en lugar de seguir esperando a un escolta.

Pero la frontera estaba llena de renegados, ladrones y desertores, y se arriesgaba a acabar asaltada, violada y

muerta al lado del camino.

¿Se quedaba o se iba? La pregunta no paraba de darle vueltas en la cabeza.

Con un arrebato, se levantó y se dirigió hacia la mesa que ocupaban las tamronienses.

—Soy Brianna Trailwalker —se presentó con voz áspera y seria—. He oído que están buscando a alguien que las escolte para cruzar la frontera.

La mujer robusta asintió con la cabeza.

—Esta es lady Esmerell —dijo, señalando con la cabeza a la joven—. Y yo soy Tatina, su institutriz. Nuestra tierra ha sido invadida por el ejército ardeniense.

—¿Y por qué me han elegido a mí? —dijo Raisa.

—Porque se dice que los comerciantes, de ambos sexos, son hábiles con las armas —dijo Esmerell—. Y nos encontraríamos más a gusto con otra mujer. —Se estremeció delicadamente—. Hay muchos hombres por el camino que se aprovecharían de dos mujeres educadas y refinadas.

Pues no lo sé, pensó Raisa. Tatina parecía capaz de desmayar a un hombre de un puñetazo.

—¿Y tienen intención de cruzar por los Pantanos o por los Páramos? —preguntó Raisa.

—Pasaremos por donde usted elija —repuso Esmerell con voz temblorosa—. Solo queremos escapar y refugiarnos en el templo de la Marca de los Páramos hasta que hayan expulsado a los bandoleros ardenienses de nuestras tierras.

No contengas la respiración, pensó Raisa.

Esmerell hurgó con la mano en su falda, sacó una bolsa llena y la colocó sobre la mesa.

—Podemos pagar —dijo—. Tenemos dinero.

—Guárdese eso antes de que alguien lo vea —susurró Raisa. La bolsa desapareció.

Raisa miró en silencio a las dos mujeres, reflexionando. No podía quedarse allí para siempre, esperando a que al-

quien viniera a buscarla. Tal vez había llegado el momento de arriesgarse.

—Por favor —dijo Tatina, poniendo una mano sobre el brazo de Raisa—. Siéntese. A lo mejor si nos conoce un poco más, querrá...

—No. —Raisa negó con la cabeza. No quería que nadie recordase que se había sentado con unas damas en la taberna si venía alguien a preguntar—. Es mejor que nos vayamos a acostar pronto si mañana queremos salir temprano.

—Entonces, ¿lo hará? —preguntó Esmerell, dando palmadas de emoción.

—Chist. —Raisa miró alrededor, pero al parecer nadie les prestaba atención—. Las espero en los establos al alba, con el equipaje y preparadas para cabalgar todo el día.

Raisa se alejó de las damas y volvió a su mesa, esperando haber tomado la decisión acertada. Esperando que esto la llevara de vuelta a casa tarde o temprano. Tenía la mente agitada de tantos planes. Le pediría a Simon que le preparara pan, queso y embutido para llevarse. Una vez en los Pantanos, podría ponerse en contacto con los marismeños, y quizás...

—Me parece que le iría bien animarse un poco, jovencita —dijo en ardeniense una voz áspera de hombre. Un corpulento forastero se dejó caer en la silla de enfrente de Raisa. Era uno de los clientes que acababan de llegar, y la cara le quedaba ensombrecida por la capucha. No se había ni molestado a quitarse la capa, aunque iba dejando pequeños charcos de agua en el suelo.

—¡Eh, tú! —gritó a Simon—. Tráele a la señorita lo que sea que estuviera tomando y otra jarra de cerveza para mí. ¡Y andando! Que casi es hora de cerrar.

Raisa estaba a punto de estallar. Uno de los riesgos de comer sola en una taberna era el de ser considerada un blanco fácil por cualquier hombre que pasara por allí. Pues

bien, se encargaría de inmediato de quitarle aquella idea de la cabeza.

—Tal vez ha pensado equivocadamente que yo quería compañía —dijo Raisa, cortante—. Pero prefiero cenar sola. Le agradeceré que no me vuelva a molestar.

—No sea así —se quejó el forastero, en voz lo bastante alta para que lo oyeran todos en la taberna—. No está bien que una señorita como usted esté comiendo sola.

El soldado se inclinó y su voz cambió, convirtiéndose en baja y suave, aunque seguía hablando ardeniense como un nativo.

—¿Está segura de que no puede dedicar un momento a un soldado que hace tiempo que viaja?

El hombre se quitó la capucha y Raisa vio de pronto los ojos grises claros de Edon Byrne, capitán de la Guardia de la Reina de los Páramos. Eran asombrosamente parecidos a los de su hijo Amon.

En ese momento, Raisa no pudo hacer nada más que evitar quedar boquiabierta. Tenía la cabeza llena de preguntas. ¿Cómo la había encontrado? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Quién sabía que él podía hablar ardeniense con tanta fluidez? ¿Amon estaba con él?

—Bien —logró articular—. Bien, entonces. —Se aclaró la garganta para hablar, pero justo entonces Simon trajo la bebida, y golpeó tan fuerte sobre la mesa que la cerveza se derramó. Byrne esperó a que Simon se fuera para volver a hablar.

—Vado de Fetters ya no es un lugar seguro —murmuró, todavía en ardeniense—. Hemos venido a buscaros para llevaros a casa. —Byrne miró alrededor, examinando la sala. Olía a sudor y a cuero, y tenía un poco de barba de tantos días de viaje. Aunque volvió a ponerse cómodo en la silla, Raisa se dio cuenta de que se había echado la capa hacia atrás para dejar al descubierto la empuñadura de su espada.

—Hablemos —dijo Raisa, con el corazón lleno de esperanza—. Le espero en los establos de la posada dentro de diez minutos.

Se levantó bruscamente.

—Si usted no se va, me iré yo. Vaya a molestar a otra.

Se fue hacia las escaleras. Las damas ardenienses asintieron y chasquearon la lengua con simpatía, probablemente pensando que Raisa debía de haber aceptado la oferta de unirse a ellas.

—¡Señorita! Se olvida la sidra —gritó Byrne detrás de ella, soltando algunas risitas y silbidos.

Raisa pasó por delante de las escaleras y entró en la cocina, donde Simon estaba amasando pan para dejarlo en reposo toda la noche.

—¿Mi señora? —dijo, mirándola.

—Necesito un poco de aire fresco —dijo Raisa. Simon la observó mientras salía por la puerta posterior. Estaba lloviendo. Se abrigó un poco más los hombros con el chal de Fiona Bayar. Lo encontró en el caballo que le había robado a la hija del Gran Mago, y era una de las pocas cosas de Fiona que estaban bien.

El establo era cálido y hacía un olor dulce de heno y caballos. *Fantasma* asomó la cabeza fuera de su cuadra, resoplando y echando al aire trocitos de avena. Raisa le acarició la nariz. Dos cuadras más allá reconoció a *Ransom*, el caballo pardo castrado de Byrne.

Las puertas del establo chirriaron y entró Byrne, seguido de un puñado de casacas azules. Aunque este nombre no los definía demasiado bien, porque llevaban una mezcla de ropa indefinida de invierno de tonos marrones y verdes.

Raisa los examinó rápidamente, pero se quedó muy decepcionada al ver que Amon no estaba con ellos, ni tampoco ninguno de los demás Lobos Grises. Estos soldados tenían más experiencia que los cadetes de Amon, y sus caras todavía jóvenes estaban curtidas por el sol y el viento.

Byrne cerró cuidadosamente las puertas del establo y puso a uno de los suyos a vigilar. Los demás empezaron a trabajar de inmediato, sacaron a sus caballos y procedieron a ensillarlos.

—¿Tiene intención de salir esta noche? —preguntó Raisa, haciendo un gesto con la cabeza hacia los soldados.

—Cuanto antes mejor —respondió Byrne. Lo miró de arriba abajo, mordiéndose el labio inferior, para comprobar que no estuviese herido—. Es un alivio haberos encontrado con vida.

Un comentario absurdo, porque si la hubieran asesinado sin duda se habría enterado. Habría sido un duro golpe contra la importante dinastía Lobo Gris.

—¿Qué ha pasado? —dijo Raisa—. ¿Cómo ha sabido que me encontraría aquí? ¿Dónde está Amon? ¿Por qué Vado de Fetters ya no es un lugar seguro?

Byrne dio un paso atrás, como retrocediendo del alud de preguntas. Señaló con la cabeza el cuarto de arneses.

—Vamos a hablar allí.

Raisa se acordó de las damas ardenienses.

—Oh, una cosa. He quedado con esas dos mujeres con las que estaba hablando en la taberna para viajar con ellas mañana. ¿Puede mandar a alguien para decirles que he cambiado de planes? —Era una actitud cobarde, lo sabía, pero se sentía demasiado cansada para aguantar la decepción de lady Esmerell.

—Corliss —dijo Byrne dirigiéndose a uno de sus hombres, y lo mandó de nuevo a la posada para dar las malas noticias a Esmerell y a Tatina.

Raisa abrió la puerta de la cuadra de *Fantasma* y condujo al semental al cuarto de arneses. Después cogió la silla y la brida del estante de la pared. Byrne la siguió y cerró la puerta. Se quedó mirando a Raisa mientras hacía los preparativos.

—¿No es el semental de los llanos que cabalgaba Fiona Bayar la última vez que la vi en casa?

Raisa asintió. Fiona consumía a los caballos igual que su hermano Micah consumía amantes.

—Se lo pedí prestado.

Cogió un taburete y se subió encima para poner la manta sobre el lomo de *Fantasma*.

—Me gustaría oír esta historia —dijo Byrne.

—Pero usted iba a contarme cómo llegó hasta aquí, capitán.

—Sí, Alteza. —Byrne inclinó la cabeza—. Vuestro padre interceptó un mensaje que sugería que lord Bayar sabe dónde estáis y que ha enviado a unos asesinos para mataros.

—Oh —dijo Raisa, interrumpiendo su tarea por un instante—. Eso ya lo sé. Ya en Vado de Oden mandó a cuatro.

Byrne enarcó una ceja; a Raisa el gesto le hizo recordar tanto a Amon que el corazón le dio un vuelco.

—¿Y? —dijo Byrne, en tono áspero.

—Yo maté a uno, y Micah Bayar a los otros tres —repuso Raisa.

—¿Micah? —dijo Byrne, extrañado—. ¿Por qué iba a...?

—Por lo visto preferiría casarse conmigo a enterrarme —dijo Raisa—. Me secuestró de la escuela y me arrastraba de vuelta a casa cuando el ejército de Gerard Montaigne nos sorprendió de camino a Tamron. Fue justo al norte del Vado de Oden. Si Micah sobrevivió, debió de suponer que yo había regresado a la escuela y no a los Páramos. De modo que es muy poco probable que lord Bayar sepa dónde estoy ahora.

—Yo me refiero a un mensaje reciente —dijo Byrne, frunciendo el ceño—. No creo que se refiriera al primer intento de interceptaros.

Raisa sintió un escalofrío y pensó que era muy duro que tanta gente intentase matarla y no pudiera evitarlo.

Byrne le puso la silla de montar a *Fantasma*.

—Si hacéis el favor de ir a recoger vuestras cosas, yo acabaré con esto.